

La resistencia social: una resistencia para la paz

*Sally González Higuera**, *Juan Carlos Colmenares Vargas***,
*Viviana Ramírez Sánchez Vargas****

RESUMEN

Recibido: 6 de marzo de 2011
Revisado: 21 de marzo de 2011
Aprobado: 1 de abril de 2011

Las iniciativas locales en el marco de la acción política de la resistencia social están encaminadas a solucionar contextos complejos, problemas puntuales y propios de una determinada comunidad. Así su cobertura sea reducida porque se limita a lo local, ha sido valioso su impacto en términos de bienestar. Pequeñas organizaciones locales han creado sus propios espacios para poder actuar, a veces, en concordancia con las políticas públicas establecidas y otras de manera absolutamente creativa y autónoma. Así, la población se ha organizado para defender los derechos humanos, prevenir el reclutamiento o para buscar la resolución pacífica de conflictos. Exploran los alcances de la educación y la cultura para la paz y la manera de proteger a la infancia de un destino que no ofrezca opciones a la vida. Reconstruyen familias y comunidades enteras para que las víctimas retomen una vida independiente y económicamente viable, para que desvinculados de los grupos armados ilegales se reintegren a la legalidad, en fin, realizan acciones concretas que, en pequeña escala, son esfuerzos tangibles

* Socióloga, docente investigadora de la Unidad de Investigación de la Universidad Santo Tomás. Coordinadora del programa Jóvenes Investigadores de la USTA. Coordinadora editorial de la Revista electrónica de Investigación INNOVO. Actualmente cursa tercer semestre de la Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Correo electrónico: sallygonzalez@usantotomas.edu.co

** Licenciado en Filosofía. Profesional de Formación para el Trabajo de la Alta Consejería para la Reintegración y consultor externo de la Corporación Escuela Galán para el Desarrollo de la Democracia. Actualmente cursa tercer semestre de la Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Correo electrónico: jucacova@gmail.com

*** Licenciada en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Actualmente cursa tercer semestre de la Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria en la misma universidad. Correo electrónico: virasa080@hotmail.com

de resistencia social. Es inmenso el universo de acciones específicas que salvan vidas, reparan daños, frenan las acciones violentas o fortalecen las acciones colectivas y el valor civil para sobreponerse a ellas. Todas son expresión del esfuerzo local para resolver una situación concreta pero, al mismo tiempo, tienen la capacidad de incidir en las

políticas públicas locales, como ya lo han demostrado algunas comunidades que se abordaran en este documento.

PALABRAS CLAVE

Resistencia, empoderamiento, no violencia, acción política.

The Social Resistance: a Resistance for Peace

*Sally González Higuera, Juan Carlos Colmenares Vargas,
Viviana Ramírez Sánchez Vargas*

Recibido: 6 de marzo de 2011
Revisado: 21 de marzo de 2011
Aprobado: 1 de abril de 2011

ABSTRACT

Local initiatives within the framework of political action of the social resistance are directed to solve complex contexts, precise and own problems of a certain community. Even if their coverage is reduced because it is limited to a local level, their impact has been valuable in terms of well-being. Small local organizations have created their own spaces to be able to act, sometimes, in agreement with the established public policies and others in an absolutely creative and independent way. Thus, the population has organized itself to defend human rights, prevent recruitment or look for a peaceful resolution to conflicts. They explore the reach of education and culture for peace and the way to protect the childhood from a fate that does not offer options to life. They rebuild families and entire communities so that victims retake an independent and economically viable life, so that people who broke ties with the armed illegal groups return to legality... in short, conduct concrete battles that, in small scale, are tangible efforts of social resistance. The universe of specific actions that save lives, repair damages is huge, these actions restrain violent or fortify collective actions and the civil value to overcome them. All of them are an expression of the local effort to solve a concrete situation but, at the same time, they have the capacity to affect local public policies, like some communities already have demonstrated it, we shall approach them in this article.

KEYWORDS

Resistance, empowerment, non-violence, political action.

*En todas las profecías está escrita la
destrucción del mundo,
Todas las profecías cuentan que el hombre crea-
rá su propia destrucción,
Pero los siglos y la vida que siempre
se renuevan,
Han creado también una generación de amado-
res y soñadores,
Hombres y mujeres que no soñaron con la
destrucción del mundo,
Sino con la construcción del mundo, las mari-
posas y los ruiseñores.*

Los hacedores de sueños. Gioconda Belli

En su colección de ensayos a propósito de las implicaciones de la modernidad, el sociólogo polaco Zygmunt Bauman hace referencia a las características y especificidades de este presente complejo. Bauman recalca que el presente se caracteriza por la mutación de las relaciones interpersonales y la transformación de los significados y significantes de estas en las dinámicas sociales de la actualidad. Nuevas concepciones de tiempo, espacio, poder, control, miedo y amor que transforman el acercamiento y la relación del sujeto con el otro. Bauman (2000) destaca como valor característico y colectivamente compartido de este presente a la *instantaneidad*. De manera cada vez más tangible, hay cercanía creciente con la total incertidumbre; aún cuando, paradójicamente, estamos en la era de las redes y la información.

Bauman desmenuza un cambio de paradigma, una modernidad sólida que se desdibuja y se reemplaza por un presente líquido, fluido, fugaz, inmediato. La transformación de lo sólido, entendiéndolo por esto, la deslegitimación de la fuerza de la tradición, la cultura, los imaginarios sociales, los tabúes como normas o reglas sociales, se modifican por la fluidez, nuevas relaciones, nuevos

imaginarios, nuevos tabúes, nuevas funciones sociales para actores emergentes, caracterizados por buscar una interrelación, aun cuando están movidos por la incertidumbre.

Lo sólido se derrite, se va entre las manos, y según Bauman, con éste se van los vínculos entre las elecciones individuales y las acciones colectivas. Lo colectivo y lo público construidos bajo intereses comunes de los individuos, se van también con la fluidez. Las condiciones impuestas por la contextualidad de las dinámicas de la modernidad, ponen a los sujetos frente a cambios radicales que exigen repensar los conceptos, las creencias y las estructuras que antes solían articular y dar sentido a las dinámicas sociales. Así, es interesante analizar la *reacción*, las respuestas y las estrategias que se desencadenan para enfrentar, sobrellevar y sobrevivir esta contextualidad. Es la era de la desregulación, de la flexibilización, de la liberación de los mercados. Una realidad donde quedan muy pocas pautas "sagradas e inviolables", donde todo es posible y todo depende de los intereses de intercambio desde los poderes individuales, desde el capricho del sujeto. De aquí, que las preocupaciones de la filosofía moderna se basen en la ética y la estética, tendencia previsible del sujeto que se encuentra impávido y que necesita repensar nuevamente el mundo de las normas y del cómo actuar ante las dinámicas desconcertantes de la modernidad líquida.

En coherencia con el pensamiento de Bauman, desde una perspectiva crítica, Félix Guattari en su texto *Plan sobre el planeta; capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*; conjugó sus preocupaciones sobre la instalación del problema político de las formas de vida en esta modernidad. En

su tesis sobre el capitalismo mundial integrado¹, Guattari resalta las nuevas configuraciones que ha adoptado el capitalismo desde los años setenta, y que se sustentan en una efectiva reestructuración del poder. Así, el autor reflexiona sobre el surgimiento de un nuevo capitalismo, que no reemplaza al antiguo, pero que coexiste con éste, generando capitalismo de distintos niveles en una misma realidad.

En términos simples, el CMI representa “una figura de dominio que recoge y exaspera la unidad del mercado mundial someténdola a instrumentos de planificación productiva, de control monetario, de intervención política, con características casi estatales” (Guattari, 2004), y en esta medida, pueden distinguirse tres aspectos principales: el copamiento de zonas que aparentemente estaban excluidas de su control, el dominio total de cualquier actividad humana y la sobrecodificación y control de nuevas actividades.

Según Guattari (2004) la reestructuración del poder efectuada por el CMI tiene como eje central la integración de lo político y de lo económico, del Estado y del capital. Es así como la autoridad estatal y los estados nacionales se ven sometidos a una verdadera y efectiva desterritorialización. De acuerdo con el autor, el CMI no se limita a recomponer, según nuevas formas de unificación, el flujo y las jerarquías de los poderes estatales en su acepción tradicional, sino que produce funciones estatales que se expresan a través de una red de organizaciones internacionales, las cuales se materializan a través de los medios de comunicación, un control del mercado y las tecnologías.

En este sentido, y a diferencia de los autores que evitan establecer una relación explícita entre el capitalismo contemporáneo y Estado, Guattari argumenta que el Estado nuclear se ha convertido en la figura central del CMI, ya que el Estado está directamente conectado con los componentes esenciales del capital, lo que lo lleva a tener un lugar protagónico en la administración de los mecanismos de control, de represión y modelización del orden dominante en los sujetos. Es decir, la principal característica en la reestructuración de las funciones tradicionales del Estado, encuentra respuesta en que “Todo se pone en funcionamiento para controlar los tiempos singulares de vida, para reducirlos a los tiempos capitalistas, bajo la amenaza de la anulación del ser” (Guattari, 2004).

Ligado a lo anterior, se produce un ajuste cuidadoso entre el poder político ejercido sobre los individuos, lo que supone que el tipo de poder que se da en nuestras sociedades no es exclusivamente el disciplinario; basado en el castigo de todos los que se apartan de la norma, sino más bien un poder de control continuo, sutil e inmediato. Es por esto que hoy las instituciones parecen ser más flexibles, más abiertas y más conectadas entre sí, no tratan de modelar desde el exterior, sino que su modelamiento es más indefinido, sin contornos fijos, siendo la fluidez su principal característica, esto es, un poder rizomático.

Finalmente, en sus planteamientos Guattari, a través de la relación entre CMI y subjetividad, advierte de la urgente necesidad de reinventar el capitalismo sobre los espacios de la vida cotidiana, al no estar ya en una fase expansiva a nivel geopolítico:

A partir del momento en que el capitalismo ha invadido el conjunto de las superficies económicamente explotables

1 De aquí en adelante CMI.

[...] su campo de acción queda clausurado y [...] tendrá que buscar los medios de expansión y crecimiento [...] retransformando las relaciones sociales y desarrollando mercados cada vez más artificiales, no sólo en el ámbito de los bienes, sino también en el de los afectos (Guattari, 2004).

Es a través de lo anterior, que para Guattari, el CMI tiende a remover, transformar, para nuevamente capitalizar y disciplinar la subjetividad humana. En definitiva, y por una necesidad interna a su propia dinámica, la principal habilidad que el capitalismo ha debido cultivar es la de recuperar los fenómenos subjetivos que él mismo ayuda a desatar. No obstante, la pregunta común y que persiste es ¿cómo resistir a la sociedad imperante y a sus estructuras de poder?, ¿cómo producir un cambio social? Ahora bien, ¿a qué tipo de sociedad pertenecemos?

Milan Kundera describió “La insoportable levedad del ser como el eje de la tragedia de la vida moderna”, y al parecer Bauman y Guattari en sus reflexiones teóricas parecen compartir dicha sentencia. Semejante descripción desesperanzadora de estos importantes teóricos sobre este presente vertiginoso, es la antesala perfecta para analizar las posibilidades de ser, en medio de las condiciones deterministas y dramáticas de este presente. No obstante, a pesar de los planteamientos de Bauman y Guattari, validos y justificados en la realidad y en las manifestaciones latentes de la acción de algunos sujetos contemporáneos, discrepamos de ver y sentir esta contextualidad como un precipicio desesperanzador contra la subjetividad o contra la posible configuración de sujetos con sentido.

Si bien existen dinámicas del capitalismo actual con sus modos y medios de pro-

ducción de subjetividades en una realidad influenciada por dinámicas comerciales y económicas, al tiempo y en coherencia con lo planteado por Guattari, coexisten nuevas necesidades de configuración de sujetos, pero sobre todo, de sentidos de vida, que distan mucho de sólo pretensiones económicas o de prestigio comercial. Por el contrario, las realidades imperantes son una posibilidad para la configuración de nuevos sujetos, mentalidades y posibilidades. Consideramos que lejos de querer establecer un panorama sombrío y sin salida sobre el futuro de lo *humano* de la humanidad, estas perspectivas teóricas permiten dar cuenta de la realidad tal cual es, con sus características, matices y variaciones, para ver desde el *hecho* posibilidades de ser, configuraciones de subjetividades complejas y sobre todo distintas.

Ante este panorama el profesor Óscar Useche (2008) presenta una perspectiva más positiva y afirmativa sobre las realidades emergentes.

A pesar de la crisis del capitalismo que ahora es general, no se exime a la sociedad de dar lugar a relaciones sociales que permitan que florezca la diversidad de la cual está constituida la vida. En medio del desorden y la confrontación causados por los dispositivos de dominación y la guerra perpetua que se impone, en las poblaciones surgen nuevos modos de vida que se enuncian como estrategias sociales y que por su carácter de ruptura con la lógica de guerra, se denominan no violentos (p. 259).

En el documento “La resistencia social como despliegue de la potencia creativa de la vida”, el profesor Useche retoma la reflexión sobre una opción y alternativa para repensar y transformar las condiciones ideológicas y materiales que condicionan la contextualidad descrita por Bauman y Guattari:

la “resistencia social” como acción política y liberadora, como punto de fuga de las fuerzas controladoras del poder hegemónico actual. “Resistir implica desplegar la fuerza, y en el mundo social esto se vive en los contactos de las interacciones sociales medidos por relaciones de poder” (p. 259).

Es un error pensar la resistencia social en una lógica de confrontación o como mecanismo violento a manera de respuesta o retaliación. Por el contrario, la resistencia social se basa en un poder afirmativo en términos de potencia de vida, pacífica, sin violencia.

La resistencia social se hace tangible a partir de la consolidación de nuevas subjetividades, modos de relacionarse y de convivir orientados hacia las bases efectivas de una democracia real. No se concibe desde la polarización, ni a manera de oposición amigo-enemigo. Por el contrario, de ésta se desprende la necesaria reconfiguración de conceptos tradicionales, pero actualmente vacíos de sentido: el poder, lo público, la guerra, la comunidad, la participación, lo cultural y las motivaciones inherentes a las relaciones humanas.

Al hablar de resistencia, no se habla desde las lógicas de dominación, de guerra o de confrontaciones u oposiciones simbólicas de intereses o necesidades; por el contrario, se potencializan necesidades emergentes de diversidad, empoderamiento y beneficio mutuo donde se reivindican las luchas de los excluidos, vulnerados o minorizados. “Es una resistencia no violenta porque su independencia depende de su capacidad de auto-definición de caminos propios fundados en la alteridad”. La idea de resistencia social no violenta rompe el imaginario de subordinación que se desprende de la dinámica de la guerra cuyas estructuras se ba-

san en relaciones verticales intimidatorias y de prestigios infértiles; la resistencia, por el contrario, propone relaciones de horizontalidad que permiten el cambio, la diversidad y las potencialidades de ser y hacer sin límites impuestos.

En complemento, la resistencia civil se caracteriza por ser una *opción* de las sociedades modernas para enfrentar las posibles arbitrariedades de los gobiernos, cuando estos se salen de los límites establecidos por los linderos propios de los derechos y las libertades reales de los ciudadanos. Muchos de los excesos de algunos gobiernos se encuentran suficientemente documentados en el texto *Estado de excepción* del filósofo italiano Giorgio Agamben.

Óscar Useche (2008) destaca a la resistencia civil como un método de lucha política que parte de la base de que los gobiernos se deben a los ciudadanos y dependen de la colaboración, obediencia y legitimidad de la población civil y militar que pertenece a una sociedad. La resistencia civil se materializa en la politización efectiva y consiente de la ciudadanía. Según Useche la resistencia social, como potencializadora de reflexiones éticas y creadoras de vida en el sujeto, es funcional a éste para cuestionar, subvertir y dar golpe de opinión y de acciones afirmativas ante las injusticias de un Estado despótico, que ha olvidado su dependencia a los intereses del ciudadano. Este tipo de resistencias superan disidencias o desacuerdos individuales, pues va más allá de intereses particulares, buscando sobreponer valores de humanidad favorables al colectivo sin que de ninguna manera se haga uso sistemático de la violencia.

La resistencia civil exige necesariamente una reflexión sobre las ideologías, episte-

mologías y metodologías del poder; además de una resignificación de éste, repensándolo y desligándolo de conceptos e imaginarios tales como: dominación e imposición. En contraposición debe pensarse al poder como potencializador, generador y dador de vida. Así, se subvierte la idea del poder como base invisible y alienante de los sistemas hegemónicos, dominadores y despóticos tradicionales. No poder por control y obediencia, sino poder por vida, por una ciudadanía con sentido. La resistencia social promueve la participación plena y decisoria de la gente, además de los procesos de autoreflexión, concientización y autonomía que “afianzan pactos flexibles y profundos que se hacen entre comunidades concretas” (p. 264).

La resistencia civil potencia principalmente la creatividad y la resiliencia del sujeto y el colectivo, potencia estrategias y metodologías inéditas y emergentes que coadyuvan a la superación de los poderes despóticos y al fortalecimiento de las estrategias de acción política comunitaria, sin que las personas tengan que adscribirse a categorías sectaristas de raza, religión, cultura, actividad económica, tendencia partidista, etc. “La resistencia social no violenta se desenvuelve en el ámbito de la micropolítica y es sumamente innovadora en materia organizativa” (p. 264).

Por otro lado, la resistencia social desencadena un empoderamiento político de acciones reflexivas y pacíficas desde la molecularidad de la acción, sin esperar como fin último incidir o imponerse sobre el colectivo o la estructura dominante, tan sólo ser, sentirse y existir con propuestas creativas de vida y de identidad. La fuerza de este poder molecular radica precisamente en su negación a adscribirse o confrontarse con el poder central hegemónico. El profe-

sor Useche (2008) materializa estas acciones al mencionar los casos específicos donde la resistencia social se hace tangible en las prácticas y en las acciones de los miembros de una comunidad:

Comunidades rurales que exigen a los guerreros que les dejen vivir su vida a su manera; jóvenes desempleados que no quieren empleo sino un modo creativo de producir; grupos urbanos que no aceptan regulaciones extremas o incluso, homosexuales y transexuales demandando reconocimiento a sus diferencias (p. 265).

La desobediencia civil surge como una de las estrategias para ejercer activamente una resistencia no violenta, ya que como acción política transgrede el paradigma de conformidad, impotencia u obediencia del sujeto ante la figura todopoderosa del Estado, a través de una reflexión consciente y ética del sujeto, que le permite poner en entredicho o desconocer decisiones inequitativas, injustas, arbitrarias o despóticas de actores armados e, incluso, del mismo Gobierno.

Vale mencionar que la resistencia social aparece como una opción esperanzadora de ética y estética, un escape posible de las acciones e ideologías impositivas del poder tradicional. La ética se encuentra en el estímulo del “actuar correctamente” con base en valores humanistas y no de estrategia económica o política. El ejercicio ético de la resistencia adquiere sentido cuando se reconoce que el poder no está solo en la estructura social, en las representaciones o valores culturales o jurídicos, el poder está en la cabeza de los sujetos que lo ejercen y lo materializan en la interacción. El poder no es únicamente una abstracción estructural, es materializado a través de la vivencia, la experiencia, los discursos e ideologías

de los sujetos. Si bien, la historicidad y la cultura inciden en las formas de imaginar individual y colectivamente, es preciso ampliar la perspectiva y entender que estas son reinterpretadas por el sujeto y operadas en sentido dialéctico a través de la interacción social, dando lugar a nuevos fenómenos y realidades en los distintos momentos históricos. “Esto si tenemos en cuenta a los hombres como seres imaginativos y, al tiempo, constructores de realidades. En definitiva responsables de su propia historia” (Baeza, 2000, p. 76). Entonces, la resistencia surge como oportunidad para replantear el poder tradicional y para que el sujeto sea promotor de transformaciones que no son impuestas, ni dadas por ajenos. Una resistencia ética viene de la problematización y autoconciencia del sujeto sobre su acción y sobre su poder para revertirlo basado en su inherente capacidad humanista de discernimiento.

La pasividad no puede entenderse como resistencia social. Lamentablemente una de las dimensiones más peligrosas del poder tradicional o “poder sobre”, no sólo se da en la toma de decisiones, sino también en lo suprimido, en lo invisible. “En aquello que no se toma en cuenta en la decisión y ni siquiera entra en la negociación. El *poder sobre* también se expresa en la capacidad de decidir sobre qué se decide. No tomar decisiones, dejar de hacer algo, no objetar, también implica la presencia de poder y a esto se le denomina poder invisible” (León, 1997, p. 17). La pasividad y la sumisión son causas de la influencia aplastadora de la necesidad de subordinar el poder tradicional. “La pasividad frente a la guerra es una auténtica sesión de voluntad de poder”. Según Useche (2008) “si la autonomía no es deseada, fraguada y gestionada, las fuerzas de la guerra avasallan la voluntad de los in-

dividuos desapasionados, sumisos y derrotados de antemano” (p. 274).

Óscar Useche, en su texto “La resistencia social como despliegue de la potencia creativa de la vida” recoge algunas experiencias que permiten iniciar una reflexión sobre el cómo abordar y materializar las resistencias sociales, entre estas, se encuentran: i) la recuperación de la memoria y el fortalecimiento del tejido social solidario; ii) la producción material, autónoma y autodeterminada, desde las necesidades y cualidades de la comunidad y su entorno, eliminando la dependencia a intermediarios o al poder de centro; y iii) la politización de la sociedad a partir de una resignificación de lo público. Estas estrategias de largo plazo necesitan tiempo social y comunitario para incubarse, vivirse y creerse, para materializarse en una realidad plena de libertad, ciudadanía y democracia con valores de humanidad.

LA ACCIÓN COLECTIVA COMO RESISTENCIA SOCIAL

Entre los elementos que caracterizan el actual proceso de cambio de las sociedades latinoamericanas, uno de los más importantes, por sus repercusiones inmediatas y por sus implicaciones a más largo plazo, es la tendencia del campesinado de algunos países a diferenciarse y a organizarse como un sector específico de intereses sociales, que se manifiestan en la emergencia de vigorosos movimientos político-sociales, varios de los cuales han logrado alcanzar un nivel considerable de desarrollo y han ejercido una profunda influencia sobre sus respectivas sociedades.

La comprensión de las causas de éxitos y fracasos de las estrategias de acción colectiva debe ser una fuente principal de aprendizaje para mejorar las intervenciones

públicas y privadas orientadas a modificar los sistemas de exclusión, promover nuevos mundos posibles y mejorar el manejo de los recursos naturales (Torres, 2007, p. 81).

Surge entonces el interés por el análisis de la acción colectiva, como ejercicio de resistencia social, que emerge desde diversas expresiones asociativas en las comunidades rurales y que expresan un sentido renovado de la política y de la práctica de la ciudadanía. La acción colectiva como construcción social conlleva y ofrece un vasto y complejo proceso de producción de experiencias que tienen que ver con la configuración de la identidad personal y colectiva, sus formas de organización y participación y con la proyección política del colectivo (Miller, 2004).

En otras palabras, se puede señalar que la acción colectiva constituye en sí misma un espacio y una experiencia donde tiene lugar la constitución de sujetos sociales, entendido como una colectividad donde tiene lugar la elaboración de una identidad y donde se gestan prácticas mediante las cuales los miembros pretenden defender sus intereses y expresar sus voluntades (Torres, 2007, p. 81).

LA RESISTENCIA SOCIAL Y EL CASO COLOMBIANO

Colombia es un país complejo y diverso en el que la violencia y la paz adquieren una connotación especial. La primera, como problemática recurrente (Sánchez, 1995) y de significativa magnitud; y la segunda, por representar un ideal, una necesidad y a su vez una realidad perfectible, que ha comenzado a recogerse desde las últimas dos décadas del siglo XX (Hernández, 2008).

Ante esta realidad, diversos grupos, poblaciones, comunidades y organizaciones

rurales recurren a la acción colectiva para enfrentar este nuevo escenario. El mayor protagonismo de la sociedad civil está lleno de posibilidades y esperanzas, y de ello son ejemplo miles de emprendimientos colectivos a lo largo y ancho de la América Latina rural. Son muchos los éxitos y los logros alcanzados, pero también son numerosas las iniciativas que se han visto frustradas por diversos motivos. Aparece entonces la resistencia social como un doble mecanismo, por un lado, un mecanismo no violento de construcción de paz, que evidencia procesos y acciones colectivas identificadas por sus protagonistas –sujetos sociales– como “fuerza vital” y “ejercicio de autonomía, autodeterminación o neutralidad activa”; y, por otro lado, un mecanismo pacífico de defensa y de propuesta, y esencialmente un *poder* pacifista transformador que nos conduzca a pensar una realidad esperanzadora para este país.

Colombia, como la mayoría de los países del mundo, es culturalmente diverso, pueblos indígenas, afrodescendientes, gitanos, raizales, entre otros, materializan esta realidad. Ellos representan raíces importantes en nuestro pasado, sus culturas milenarias han dejado huella en otros pueblos y comunidades, y quienes hemos podido conocer algunos aspectos de sus cosmovisiones y procesos, consideramos que tienen mucho que aportar y enseñar a este país (Hernández, 2006).

Desde los valores de sus culturas y la diversidad que representan, pueblos indígenas y afrodescendientes han generado, dinamizado y visibilizado en la historia reciente de este país, procesos ejemplarizantes de resistencia social. Ellos se han soportado en resistencias ancestrales, cosmovisiones

que ponderan la vida, la armonía y la solidaridad, capacidades y poderes pacifistas y transformadores, y la necesidad de responder a apremiantes desafíos impuestos por diversas violencias.

A su vez, comunidades campesinas, ubicadas en escenarios rurales y contextos en los que el conflicto armado se ha expresado con intensidad, desde opciones no violentas y pragmáticas, han generado procesos de resistencia social como ejercicio de autodeterminación, mecanismos de autoprotección y propuestas de construcción de paz.

Estas experiencias representan empoderamientos pacifistas, y registran como elementos comunes el ejercicio de la acción no violenta y la comprensión positiva de la paz², pero difieren en cuanto a las poblaciones que las jalonan, las causas que las generan, sus procesos y las modalidades de violencia frente a las cuales se ejercen. Algunas surgen como respuesta de defensa a la violencia del conflicto armado, pero otras se ejercen en forma integral como mecanismo de lucha política y de defensa frente a la violencia estructural³ o la globalización.

Durante mucho tiempo, las experiencias de resistencia civil construyeron sus procesos hacia dentro, en el ámbito de sus contextos locales y rurales, lejanos de la mirada externa, en esfuerzos solitarios y aislados. En la actualidad, no sólo han logrado una

significativa visibilidad, sino que han podido relacionarse con otras experiencias de su misma naturaleza, compartir con ellas sus procesos, aprender mutuamente de sus estrategias, y descubrir que no están solos, que otros también han emprendido luchas similares, y que es posible articularse con ellos para tener mayores alcances.

Estas relaciones se han hecho visibles en las redes que han conformado, a nivel regional y nacional, sus relaciones interétnicas, los encuentros nacionales, y las agendas comunes que comienzan a construir mientras el conflicto intenta erosionar, fragmentar y debilitar la sociedad civil afectando su capacidad de acción colectiva y la efectividad y fuerza que ella incubaba, hay sectores y organizaciones que buscan fortalecer sus acciones desde una lógica civilista y no violenta.

Paralelamente con estos movimientos e iniciativas, que quizá han contado con mayor visibilidad dada la relevancia y el impacto del conflicto armado en la vida nacional y los vaivenes de la política que sitúan este tema, también se identifica un sinnúmero de iniciativas ciudadanas puntuales. Se trata de proyectos, programas, procesos y experiencias desarrolladas por organizaciones civiles que actúan frente a las acciones generadas por los grupos armados ilegales para protegerse de su impacto, reparar el daño o para evitar que se extienda.

Estas resistencias no violentas han venido configurándose en distintos niveles y en distintos rincones del territorio colombiano “comunidades protagonistas de transformaciones superiores”. A continuación se presentará un breve análisis de experiencias humanas de comunidades y grupos que optaron por otros caminos lejos del poder de dominación o poder de centro: 1) las

2 La comprensión positiva de la paz trasciende su tradicional concepción como ausencia de guerra y conflicto. Está integrada por diversos valores, como inclusión social, profundización de la democracia, respeto a la vida y demás derechos humanos, reconocimiento de la diversidad étnica y los derechos de los pueblos y desarrollo, entre otros.

3 La violencia estructural puede ser comprendida, en términos de Johan Galtung, como aquella que impide a los seres humanos una vida mínimamente humana y que se refleja en la imposibilidad de satisfacer necesidades esenciales.

comunidades campesinas; 2) la resistencia indígena, vista desde su tejido de comunicación; y 3) la historia de las mujeres riosucenas que construyen paz.

Acción colectiva en comunidades rurales: una experiencia de resistencia social

La acción colectiva se desarrolla en un nuevo contexto y bajo la influencia de nuevos paradigmas. El contexto es más individualista, el paradigma cada vez más alejado de la utopía comunitaria. Como en todo nuevo escenario, hay problemas nuevos, pero también nuevas posibilidades y oportunidades. Lo fundamental es la necesidad de generar nuevos marcos interpretativos, que nos ayuden a comprender y mejorar nuestra acción desde diferentes interpretaciones de la realidad.

La acción colectiva en las comunidades rurales es necesaria para dar respuesta a necesidades individuales y sociales que pertenecen al ámbito de la vida pública, las que no tienen posibilidad de encontrar solución si las formas de acción social se reducen a aquellas que son propias del neoliberalismo. Los principios de la solidaridad y la cooperación, son los que sustentan la acción colectiva.

Las estrategias de acción colectiva en el sector rural apuntan por lo general a los siguientes objetivos: el mejoramiento de las condiciones materiales de vida; la modificación de las relaciones de poder al interior de los grupos, comunidades u organizaciones rurales; o la profundización de la democracia y la expansión de la ciudadanía. Se trata, en todos los casos de objetivos complejos cuya consecución demanda la existencia o el desarrollo de capacidades sustentadas en

el capital humano y el capital social. Estas capacidades no son transferibles linealmente desde afuera hacia el interior de los grupos comprometidos en la acción colectiva. Surgen de procesos de aprendizaje social los que a su vez requieren de tiempos suficientes para su maduración.

De lo anterior se desprenden dos conclusiones. Primero, las estrategias de acción colectiva requieren organizarse con base en la construcción de capital humano y capital social a la eliminación de la pobreza, modificación de las relaciones de poder, profundización de la democracia. Segundo, las políticas y estrategias de algunos organismos internacionales, gobiernos y donantes que reclaman impactos inmediatos y visibles en tres a cinco años y con referencia a objetivos complejos, podrán ser efectistas, pero no serán efectivas y menos sustentables.

El éxito o fracaso de las estrategias de acción colectiva en términos de mejorar las condiciones de vida de las poblaciones rurales, depende de factores internos (valores, normas de conducta, sistemas de reglas formales, mecanismos para asegurar el cumplimiento de las reglas y los compromisos, y tipo de liderazgo); externos (comunicación y concertación multi-actores y vínculos con “motores de sostenibilidad” de la acción colectiva), y de contexto (individualismo *vs.* solidaridad en el plano cultural, competencia *vs.* cooperación en el plano económico, democracia *vs.* autoritarismo en el plano político).

Comunidades indígenas: la experiencia NASA

La resistencia no violenta es una forma de dimensionar los significados que le otorgan los indígenas a sus apuestas de vida como

elementos constitutivos de procesos que implícita o explícitamente, buscan dar nuevas definiciones del poder social. Es decir, cuando los actores, en tanto que movimientos sociales, despliegan conceptos alternativos de mujer, naturaleza, raza, economía, democracia, ciudadanía o territorio, desestabilizan significados culturales dominantes que ponen en marcha una política molar desde abajo.

Precisamente, en ese acontecimiento y en esas rupturas de lo político, es que se vislumbra la posibilidad de contemplar una política emancipatoria por parte de las comunidades indígenas. Desde la perspectiva del pensamiento de filósofos como Deleuze, Guattari y Lazaratto, la micropolítica, traducida a “política a pequeña escala” o política anti-institucional. La apuesta es mostrar que la política puede no ser reducida a dichas instancias universales, y en segundo lugar que la micropolítica, si se la entiende como una política a escala, puede ser territorializada en los entornos virtuales, sin perder de vista las luchas que se dan en los campos estructurados por las tecnologías de poder y saber gubernamental.

Lo que se puede decir es que la micropolítica recoge la acción dinámica y las formas de ser, estar y vivir en el mundo, otra política cuyo perfil aún no está escrito y cuya acción se desdibujan en múltiples propuestas que ofrece lo colectivo. De ahí la necesidad de adherirnos a la noción de práctica política que nos muestra que el verdadero poder no radica en el gobierno, ni en el Estado; sino que está y permanece en la sociedad, y más específicamente en el sujeto cotidiano. Esto también abre la posibilidad de seguir pensando en una organización social indígena donde lo político y donde conceptos como

devenir minoritario y desterritorialización corresponde a un pensamiento posestructuralista que piensa su fuga del capital y del Estado. Es a eso a lo que se refiere una frase recurrente de Deleuze y Guattari sobre la necesidad de crear “un pensamiento que apele a un pueblo” (Deleuze & Guattari, 1985). Pero ¿puede acaso el movimiento social indígena surgir del devenir-minoritario? Interesante será explorar la noción de “pueblo” que denota la existencia política de la comunidad NASA.

Pensar el devenir lleva a la pregunta por el cambio histórico en cómo se ha nombrado y clasificado al movimiento social indígena (los sujetos que lo conforman) e intentar dejar espacio para que sean ellos quienes, a través de lo virtual cuenten su historia sin omitir el devenir minoritario. La cuestión de la historia se refiere principalmente a la cuestión deleuziana de cómo se puede crear un nuevo pueblo (que ya no es un pueblo), la cuestión de si las masas pueden hablar por sí mismas en el curso de un devenir.

De lo que se trata es de cambiar la relación lenguaje-cuerpo-lugar que no sólo afecte al territorio asignado o domesticado, sino que también a la disposición de los propios lugares enmarcados que impulsan prácticas y formas de saber distintas. Una coyuntura es la forma en que se organizan el saber, el lenguaje y los cuerpos, está atravesada no sólo por hegemonías, sino por formas pacíficas de colonialidad del ser, saber, poder y la naturaleza.

Las mujeres como poder potencializador y dador de vida

En tiempos en que se ha vaciado de contenido a muchas de las luchas de mujeres en

América Latina, la experiencia como movimiento social, político y filosófico se instala en el espacio de “lo posible”, a otras en la necesidad de transitar el camino de “pensar lo no pensado” de la mano de una historia y una genealogía de mujeres; y a muchas a iniciar su camino de construirse mujer en la desmemoria y la permanente apelación a la amnesia histórica, que obliga a comenzar eternamente de cero. Instaladas, así, unas y otras en una encrucijada, no de fin de siglo ni milenarista, sino de revisión profunda de nuestras propias prácticas políticas y de nuestros deseos de cambio y de futuro. Volver a aventurarse a mirar la historia como un gran espejo que nos devuelva lo que hemos sido y lo que somos, nos coloca en la posibilidad de aprehender nuestra memoria y reubicarla en el centro de nuestra identidad y nuestras preocupaciones actuales.

Hablar del movimiento de mujeres en tanto objeto histórico es asumir que se constituye como experiencia histórica a partir de un tramado de grupos y organizaciones que comparten una identidad colectiva, una suerte de cultura común, sumergidas en las prácticas cotidianas. En su devenir histórico el movimiento ha experimentado nuevas pautas culturales, nuevos sistemas de significación que con frecuencia se han opuesto a los de las relaciones sociales dominantes; por ejemplo, las maneras de vivir la sexualidad, el sentido de la democracia o la misma relación con la naturaleza, entre otros, se expresarán en nuevas formas de comportamiento frente a las cuales el viejo orden se resiste. Y en esa resistencia se juegan las fricciones y fragmentaciones del propio sujeto, que sucumbe a ellas, se divide, se multiplica, se atomiza y se polariza, abriendo un abanico nuevo de posibilidades.

Son distintas e incontables las experiencias de organizaciones de mujeres que desde su empoderamiento político, emocional y económico han logrado subvertir lógicas de violencia, de sumisión, de pobreza y de miedo, motivadas solamente por el amor propio, el amor por sus familias y sus cercanos, el deseo por el progreso y por el “Bienestar”. Estas experiencias ha sido posible realizarlas cuando las mujeres han decidido pensar en colectivos que les permitan problematizar, cuestionar, reinventar y promover otros valores éticos, en los distintos ámbitos en que se han desenvuelto estas personas.

En Riosucio, Chocó, a orillas del Atrato, a unos 100 kilómetros del golfo de Urabá, los muertos flotaban como troncos astillados. Se contaron por cientos entre 1997 y 2005, cuando el último de los ejércitos asesinos se marchó. Eran días de una mudez que nadie se atrevía a romper. Con la lista de los hermanos, hijos, abuelos, tíos, padres, madres y esposos muertos, podría llenarse una pared de la iglesia del pueblo, de donde algunos llegaron a creer que Dios se había marchado en los peores años de la violencia [...] Escogieron llamarse Mujeres Riosuceñas Construyendo Paz (Macoripaz) [...]. Soñaban entonces con tener una sede, crear un taller de modistería para darles trabajo a otras mujeres y estimular a los estudiantes de los colegios del municipio para persistir y animarlos en la idea de que estudiar era mejor, mil veces mejor, que dejarse convencer de ser soldado de la guerra.

[...] Nosotras dijimos basta y comenzamos a soñar, dice en un tono que no deja dudas [...]. Entonces decidió no huir más y construir un futuro desde el presente más azaroso. Al principio no fueron más que 20 mujeres. Insistieron tanto con el alcalde de la época para que les diera un auxilio, el que fuera, que el municipio terminó contratándolas

como aseadoras de las calles, que en realidad más que barrer había que desmalezar. Desde entonces no han parado [...]. Hoy, 10 años después, Macoripaz es una asociación de 400 mujeres cabeza de familia, decenas de ellas viudas de la guerra. Su sede, en una calle inundada con las aguas de un Atrato ancho y feroz por culpa del peor invierno en años, es una casa de dos pisos, la más grande del pueblo, con paredes de abarco, cohíba, caracolí, roble, cedro. Ellas dicen que tantas maderas hablan de su propia naturaleza femenina: “Es que somos tan distintas y a la vez tan semejantes [...]” (Fragmentos del artículo de Revista Semana. “Tercos Pacifistas: Premio Nacional de Paz 2010”).

Las mujeres como actrices políticas de la paz deben recoger los acumulados de las organizaciones de mujeres y apelar a construir sobre lo construido, por lo cual identificar aprendizajes de las experiencias pasadas es necesario. Tener una voz activa y protagónica en los procesos de negociación implica conocimientos, destrezas, por lo cual están avocadas a estudiar las realidades de otros países y a generar procesos de empoderamiento de las mujeres y de las víctimas sobrevivientes para que estas no se conviertan en “objeto” del discurso de los derechos, sino efectivamente sujetos que demandan y posicionan sus intereses y contribuyen a la construcción de la paz.

Por eso es importante insistir en generar procesos de articulación de las distintas alternativas por la paz para desde acuerdos políticos mínimos construir una propuesta de paz para participar de manera activa como sociedad civil. Sólo la fuerza ciudadana de aquellos que han optado por la vía civilista permitirá que la negociación sea posible y que cuando esté andando, dé los resultados que se esperan. En dicho proceso una convicción profundamente democráti-

ca, un empeño por el bien colectivo y el reconocimiento de la pluralidad que las constituye como movimiento, resulta principio orientador.

ANÁLISIS DE DINÁMICAS LOCALES Y REGIONALES

Las iniciativas locales están encaminadas a solucionar contextos complejos, problemas puntuales y propios de una determinada comunidad. Así su cobertura sea reducida porque se limita a lo local, ha sido valioso su impacto en términos de bienestar.

Pequeñas organizaciones locales han creado sus propios espacios para poder actuar, a veces, en concordancia con las políticas públicas establecidas y otras de manera absolutamente creativa y autónoma. Así, la población se ha organizado para defender los derechos humanos, prevenir el reclutamiento o para buscar la resolución pacífica de conflictos. Exploran los alcances de la educación y la cultura para la paz y la manera de proteger a la infancia de un destino que no ofrezca opciones a la vida. Reconstruyen familias y comunidades enteras para que las víctimas retomen una vida independiente y económicamente viable, para que desvinculados de los grupos armados ilegales se reintegren a la legalidad. En fin, realizan acciones concretas que en pequeña escala son esfuerzos tangibles de resistencia social.

Es inmenso el universo de acciones específicas que salvan vidas, reparan daños, frenan las acciones violentas o fortalecen las acciones colectivas y el valor civil para sobreponerse a ellas. Todas son expresión del esfuerzo local para resolver una situación concreta, pero, al mismo tiempo, tienen la capacidad de incidir en las políticas públicas locales, como ya lo han demostrado las

constituyentes municipales de Mogotes, Tarso o Micoahumado.

La resistencia desde el territorio rompe la lógica de territorialización de la guerra, diagramando un territorio sagrado, impenetrable, que debe ser defendido como la vida misma pues es el hábitat de la existencia como pueblos, es en él que se efectúa el plan de vida, la cosmovisión y la cosmogonía de cada uno de los pueblos indígenas, tal como ocurre con las comunidades indígenas del suroccidente colombiano. O donde las experiencias se desarrollan en situaciones límites en donde la muerte es una compañera cotidiana y en donde el miedo hace flaquear con frecuencia a los protagonistas de la resistencia, es allí donde la resistencia civil no violenta es todo lo contrario a la cobardía y así lo han tenido que vivir las comunidades de paz de San José de Apartadó y la Organización Popular Femenina.

Estas y muchas iniciativas más, que están aún en mora de ser rescatadas del anonimato y merecen tener la oportunidad de ofrecer su ejemplo a otros, dan muestra de las posibilidades de acción de los actores sociales para actuar por sí mismos frente a situaciones que atenten contra sus derechos. Así, hacerle el frente a la violencia de diferentes formas y trabajar por la paz han sido opciones que hasta la más pequeña comunidad ha tenido que afrontar.

Estas iniciativas han evidenciado que el cambio y la reconstrucción social pueden generarse desde iniciativas localizadas en comunidades específicas, es decir, desde lo micro. Por ello, puede ser de vital importancia para identificar rutas más seguras en la construcción de la paz, que se garantice su sostenibilidad en el tiempo y se incremente el respaldo de la sociedad a estas acciones

que, en el ámbito de lo microsocioal, pueden develar las claves centrales para la resolución de esta violencia de tan larga duración.

Si bien se reconoce el papel desde lo micro, ello no significa que se deba reducir su acción a este ámbito. Al contrario, se trataría más bien de darle continuidad a sus acciones y lograr una mayor cobertura de las mismas para llegar a las transformaciones estructurales que establezcan barreras civilistas al conflicto.

En este sentido, si las estrategias implantadas son una enseñanza en la construcción de la paz y generan un impacto en términos de bienestar, es clave trabajar para ampliar su incidencia a través del territorio nacional y en el tiempo.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Dada la relevancia de las iniciativas locales en la reconstrucción social es oportuno destacar su papel y establecer la necesidad de consolidar ese esfuerzo local y configurar redes solidarias que puedan constituirse en sociedad civil activa. Para esto es clave establecer alianzas entre los distintos actores sociales con la perspectiva de fortalecer las salidas civilistas a la violencia y el tejido organizativo social que las impulsa.

La construcción de consensos en el sentido señalado tendría que estar normativamente vinculada con un proceso de integración social creciente, tanto en el plano simbólico como en el material. Sin equidad no es posible la otredad, ni siquiera la competitividad económica es sostenible si siguen creciendo las distancias sociales. En esta óptica, una participación creativa en la sociedad emergente necesitaría estar acompañada por procesos de equidad y libertad

sociocultural, es decir, por el reconocimiento institucionalizado del derecho a existir y a ser diferente. En otras palabras, el consenso plantea el peso estratégico de la cultura política democrática en un nuevo proyecto emancipatorio de la modernidad (Calderón, 2002, pp. 198-200).

Ampliar el acceso a la información y al conocimiento sobre las diferentes experiencias que incrementan la efectividad de las organizaciones de la sociedad civil es una de las maneras de generar procesos mucho más incluyentes que se reflejen en una mayor cobertura e impacto social. De esta forma, las comunidades locales deben ser tomadas en cuenta tanto en la divulgación de sus acciones contra el conflicto como en las oportunidades de entrenamiento y capacitación para el fortalecimiento de la sociedad civil.

Además, para llevar las prácticas locales y regionales un paso más allá y hacerlas sostenibles es importante fortalecer el tejido organizativo social de modo que, de acuerdo con las múltiples opciones que ofrece la ya de por sí amplia y compleja variedad de acciones, se exploren nuevas vías y se amplíen los resultados de sus acciones.

La divulgación de acciones de resistencia social pacífica estimula a las comunidades a desarrollar sus propias iniciativas y es un motor para comunidades con características similares que aún no han encontrado la manera de enfrentar su realidad o que no están conscientes de su poder. Es clave encaminar los esfuerzos para incrementar la capacidad de sectores concretos de la sociedad civil y transformar constructivamente los conflictos locales, desplegar acciones solidarias con los sectores afectados y allanar el camino de la reconciliación.

Un mayor conocimiento sobre las posibilidades de acción sirve para aumentar los lazos entre las redes locales, regionales y nacionales y, a su vez, generar una mayor interacción, clave para el fortalecimiento de la sociedad civil como poder social.

La consolidación de una interlocución directa entre estas iniciativas y el Estado ayudaría, también, a la sostenibilidad de estas acciones locales. Para que un movimiento social por la paz aumente su efectividad necesita desarrollar alianzas y acciones coordinadas para potencializar aquellas áreas en donde los diferentes actores se complementan. Eso permitiría, además de evitar duplicidades que no contribuyen efectivamente a sumar esfuerzos, a superar desconfianzas que pueden surgir cuando se confrontan puntos de vistas y estrategias diferentes aún cuando estas apuntan a la construcción consensuada de la paz.

El desconocimiento o, incluso, el recelo abierto entre sectores muy diferentes como lo son las organizaciones de la sociedad civil (OSC), los medios de comunicación, la academia, etc. constituyen una barrera que dificulta identificar ventanas de oportunidad en las múltiples alianzas posibles (Revista Latinoamericana de Desarrollo Humano. "La sociedad civil: poder para trabajar por la paz". Boletín No. 25, septiembre de 2006).

Para quienes buscan soluciones efectivas a los conflictos colombianos es claro que hay que actuar por encima de las diferencias y lejos de personalismos. El objetivo debe ser fortalecerse y organizarse eficientemente.

Para ampliar cada vez más la cobertura y el impacto de las acciones colectivas por la paz, la sociedad civil deberá enfocarse en reducir la fragmentación y actuar de forma

fortalecida en la búsqueda de un objetivo común. El reconocimiento de estas y otras dinámicas plantea a los actores sociales el chance de comprender, que aceptar los desa-

fíos de una sociedad moderna es aceptar los riesgos de la incertidumbre y, sobre todo, la presencia del otro. Y aceptar por fin que sin memoria no es posible una nueva historia.

REFERENCIAS

- Baeza, M. (2000). *Los caminos invisibles de la realidad social: ensayo de sociología profunda sobre los imaginarios sociales*. Chile: Ediciones Sociedad Hoy.
- Bauman, S. (2000). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, S. (2003). *Amor líquido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Calderón, F. (2002). Los movimientos sociales en América Latina: entre la modernización y la construcción de la identidad. *Filosofía Política I: Ideas políticas y movimientos sociales*. Madrid: Editorial Trotta.
- Guattari, F. (2004). *Plan sobre el planeta: capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*. Madrid: Editorial Traficantes de Sueños.
- Hernández, E. (2004). *Resistencia civil artesana de paz. Experiencias indígenas, afrodescendientes y campesina*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Hernández, E. (2008). La paz imperfecta que construyen las iniciativas civiles de paz de base social en Colombia. En: *Las prácticas de la resolución de conflictos en América Latina*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- León, M. (Comp.) (1997). *Poder y empoderamiento de las mujeres*. Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas, Bogotá: Editorial Tercer Mundo.
- Miller, M. (2004). Acción colectiva y modelos de racionalidad. *Estudios Fronterizos*, 5, 107-130.
- Revista Semana (2010) Tercos pacifistas: Premio Nacional de Paz 2010. Recuperado el 20 de noviembre de 2010 desde [<http://www.semana.com/noticias-nacion/tercos-pacifistas/147629.aspx>].
- Sánchez, G. (1995). Los estudios sobre la violencia. Balance y perspectivas. En: *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá: Editorial Cerec.
- Useche, O. (2008). La resistencia social como despliegue de la potencia creativa de la vida. En: *Ciudadanos en son de paz. Propuestas de acción no violenta para Colombia*. Bogotá: Corporación Universitaria Uniminuto.